

150 años del nacimiento de Doña Ana Amaya Molina

Faustino Peralta Carrasco

Cronista Oficial de la Ciudad de Ronda

-A Victoriano Borrego, periodista y cronista entrañable de nuestra ciudad, a la que ama y siente como nadie-

El 27 de septiembre próximo cumpliría, de haber seguido viviendo, cuestión esta harto improbable, Anilla o Aniya la Gitana -que se puede escribir de las dos maneras en este caso, a pesar de que el diminutivo es siempre con “ll”, pero con el flamenco y los toros, ya se sabe, algunos nombres artísticos se representan tal y como se pronuncian- ciento cincuenta años. También Anita la de Ronda, como la llamó García Lorca en su conferencia *“Importancia histórica y artística del primitivo cante andaluz llamado cante jondo”*, leída en Granada el 19 de febrero de 1922.

Aniya era todo un personaje en nuestra ciudad, admirada y muy querida por su sabiduría y su peculiarísima forma de ser:

*“La casa donde vive Anita Amaya en Ronda, es lugar de peregrinación. El juez, el alcalde, el boticario y el registrador, damas de alta y baja alcurnia, todos desfilan por su vivienda, archivo de sabiduría popular”*¹. Todas las gentes hacían corro a su alrededor porque sabía siempre el origen de todas las cosas, buenas y malas.

Es justo y necesario que, precisamente hoy, cuando se celebra nuestro antiguo y afamado Festival de Cante Grande, en su XXXVII edición, dediquemos un recuerdo a esta cantaora que aireó a través de su apellido artístico el nombre de nuestra ciudad y que forma parte importante de la Historia del Flamenco como figura del cante andaluz; y justamente, también ahora, en que prontamente se le va a dedicar un monumento en el barrio con el alma más jonda de Ronda, donde ella vivió, en las calles embrujadas de amores, cantes y poesías del Hoyo del Bote, del Barrio de Padre Jesús, de Santa Cecilia o de los Ocho Caños (que de todas ellas se puede denominar a este antiguo Barrio de las Juderías).

Paseó su arte en los salones y cafés cantantes más populares de la época: Fornos, El Pollo y la Primera de Ronda, en su ciudad natal; Sin Techo o Siete Revueltas, de Málaga; y El Burrero, de Sevilla. Llegó a conocer a Chacón y coincidió también con la otra cantaora grande rondeña Paca Aguilera en el Chinitas de Málaga.

Actuó en una ocasión para la familia real, en una fiesta íntima, y la misma Reina de España, Doña Victoria Eugenia, le obsequió con un mantón de Manila. También se recuerda en nuestra ciudad la admiración que sentía por ella la gran Pastora Imperio, que tras actuar cierta noche en el extinguido Teatro Español, en el llano de la Merced, solicitó conocerla para regalarle una bata de cola.

Siempre vivió humildemente y se ganó la vida cantando y tañendo su guitarra, de mocita con *“la voz fresca de cristal”*, y ya anciana: *“parezco un cangrejo, con voz de gallo esplumao”* como ella misma reconocía. Le gustaba vivir así, entre los suyos, con los gitanos de los que se decía era su “Reina”, con su hambre, con sus vicios y borracheras. Tuvo una existencia de leyenda, hermosa y deseada cuando casadera, contorneaba su cuerpo por las calles de Ronda y por los colmaos -hasta ganó un concurso de belleza, según cuenta la propia Aniya, en “El Imparcial” de Madrid-. Como la Carmen de Ronda se enamoró de un torero -dicen que tuvo amores con Rafael Molina “Lagartijo”- y trastornó el corazón del general Contreras. Ejerció de joven, también, el contrabando, había que superar las penalidades de alguna manera. El escritor Núñez de Pardo la describe como *“esclava del amor; no ha comprendido ni querido comprender que pueda haber nada en la humanidad fuera de las tristezas o de las alegrías del amor; al amor lo ha subordinado todo, desde el arte hasta la existencia: canta, llora, siente y vive para amar; una caricia encierra para ella infinitamente más felicidad que todos los*

¹ Benavides, José D. Revista *“La Estampa”*, Barcelona. 24 de junio de 1930

aplausos; halla más dicha en una sola promesa de cariño, que en todos sus sufrimientos de artista...

Con setenta y cinco años, acaparó la admiración y la atención del público y la prensa en la Semana Andaluza de la Exposición Universal de Barcelona de 1930, los rondeños y gitanos impacientes pedían que regresase de una vez, pero ella no quería marcharse, diariamente había que telegrafiar al Ayuntamiento de Ronda para que supiesen del estado de la anciana gitana: *"Anita come bien, duerme poco y bebe mucho"*.

Pero fuera como fuese despertaba siempre la admiración y la simpatía, por su conocimiento de los Cantes de Ronda, especialmente de la Soleá que llevaba su nombre (*Nadie ha podido cantá/ como Aniya la Gitana/ lloraba por Soleá*, de Juan Ortiz) y por su arrolladora personalidad y sandunguera fisonomía, tal y como la recuerda José Carlos de Luna, en su libro "La Taberna de los tres Reyes":

*Esta gitana vieja,
con la cara curtida por adobo barato;
de negros añadíos y peineta de teja;
esta gorda flamenca, con andares de pato...
...Esta odre castiza,
que empujando una copa de aguardiente serrano,
traspuesta se hipnotiza
y olvida su vivir hampón y chabacano,
tiene morros fruncidos, de los que un viejo dijo,
que conocen los besos del sin par Lagartijo...
Su flácido pescuezo, de carne de gallina,
que con polvos baratos blanquea y enharina,
aún luce con descoco un collar de corales,
que fue premio a su cante corto por Soleares...
...Esa gitana vieja, ¡más vieja que el castillo!,
que arrebola su cara con polvo de ladrillo
y luce chamuscados los pelos del bigote,
aún con la guitarrilla se gana su guisote...*

Entre los muchos reportajes que con motivo de su estancia en Barcelona le dedicaron, en "La Estampa" decía ella: *"Mire uté la última vé que canté en el Café Siete Revuelta ¡jojú!, estaba llena de gente la calle y los guardias no podían despejá... La vos me había vuelto grasia a un remedio de cabayo. Güeno, po, cuando aparesí, los bastones golpearon en el piso, las manos aplaudieron: era Anita Maya, la güena, la brava Anita. ¡Como iban a reírse! ¡Bravo! ¡Óle!. Yo permanecía quieta, procurando no aturdirme, bebiendo, con las narises estremesías, del vino embriagadó de esta apoteosi; mirando, con la manos tendías, las largas sonrisas de los ricos... ¡Chis, Chas! Comienso a cantá. Pero mi vos no se oye bien. "¡Más alto", grita uno, que debía sé diputao. Por un instante me repongo. "¡Enhorabuena!... ¡Olé, Anita! ¡Al fin va a empesá de firme!..." yo no pueo; mi lengua está seca, una mano de hierro parese oprime la garganta, siento como un martillaso en la nuca y la risa suena a farsa entre mi labios... Entonses como un reguero de polvora, er público se incomoda... Un silbido... Dos silbidos... Una tempestad... ¡La gente se pone de pie y toos prorrumpen en gritos de animales!: "¡Miau! ¡Miau! ¡Quiquiriquí! ¡Que tome malvavisco!"*.

Yo el ídolo, estaba allí tiesa. Ese eh er público... ¡Mirale, Anita, y aprende lo que valen su entusiasmo, sus afecciones y su idolatría! En er público no hay sivilasión. Dehecha, estremesía, olvidando el doló agudo, contemplé la gran mentira... ¡Mira, Anita, mira bien y acuérdate!".

Aniya "escogió para morirse", en Ronda, nada menos que el Día de Todos los Santos del año 1933, y todavía hoy, en nuestra ciudad, con ternura y afecto se la sigue recordando.